

Algunas impresiones sobre el movimiento estudiantil

*Ana María Barletta**

Leyendo el artículo de Pablo Bonavena sobre los estudiantes platenses en los primeros años setenta, publicado en esta revista, no podía dejar de pensar que en esas calles, en esa época, habíamos estado. Es extraña siempre la impresión que se produce cuando uno lee pedazos de historia que son la propia historia, que hoy parece tan alejada del presente. Alejada, porque ya no pensamos como antes y, sobre todo, porque no nos movemos como los estudiantes platenses de Bonavena de 1970, aunque conservemos buena parte de las entrañas; quiero decir, de la indignación y la preocupación por la marcha de las cosas en el mundo actual. No obstante, no es difícil percibir que las luchas de hoy no son las de ayer y, en el punto central que toca Bonavena, que el movimiento estudiantil de hoy no es el de ayer. El lo sabe, y esa es una de las razones por la que escribe.

Pablo Bonavena es de los pocos investigadores que estudia al movimiento estudiantil. Este artículo que hoy publica aquí se une a otros que ha escrito, y es de suponer que seguirá haciéndolo, sobre los estudiantes en movimiento ubicados en otras ciudades, en otras universidades, en el mismo período. En estos trabajos, el interés de Bonavena es claro y explícito: dar cuenta de este actor en movimiento y de la magnitud de las acciones de este colectivo, entendidas como acciones de masa (“acciones por fuera del marco institucional como ocupaciones de edificios, huelgas, actos, marchas y varias formas de lucha callejera”) para reconstruir tradiciones y experiencias de lucha, con el propósito de abreviar en éstas para extraer lecciones, para luchas presentes y futuras.

Así, en el trabajo sobre el movimiento estudiantil platense, por ejemplo, registra un “crescendo” de acciones de masa, desde 1966 hasta 1972, a través del cual nos muestra una época agitada, signada por medidas radicales que van del paro estudiantil, la movilización en las calles con acciones

* Centro de Investigaciones Sociohistóricas (CISH) – UNLP
Cuestiones de Sociología, N° 3, 2006, pp. 221-231.



relámpago, ruptura de vidrieras, barricadas, lanzamiento de piedras y bombas *molotov* a la policía, ocupación de edificios –algunos con tomas de rehenes–, destitución de autoridades y profesores en asambleas estudiantiles... en las que los estudiantes buscan formas de organización por fuera de los tradicionales centros, para poner en juego el “temido” poder estudiantil. Bonavena nos pone, entonces, ante la evidencia de un movimiento estudiantil como un actor significativo e identificable por su presencia en el accionar callejero, en los años previos al tercer gobierno peronista.

Félix Luna, en el prólogo de un libro que recoge documentos y testimonios de viejos militantes estudiantiles del primer peronismo, advierte acerca de la dificultad de hacer la historia de los movimientos estudiantiles de cualquier época: la proliferación de agrupaciones, líneas internas, grupos de diversos matices con vida volátil, divisiones, cismas, enfrentamientos, fenómenos que transcurren en el limitado ámbito de los centros sin repercusión periodística, escasa o nula documentación debido a los avatares de las políticas represivas... “son factores que se suman para hacer casi inextricable una crónica racional de esos movimientos”¹.

Será tal vez ésta una de las razones por las que haya tan pocos trabajos publicados sobre el movimiento estudiantil. En este sentido, el interés particular de Bonavena por registrarlo como un actor público emergente cuyas acciones se hicieron visibles, en este caso, en la ciudad y, por lo tanto, salieron en los diarios, encuentra en este material periodístico una primera forma de abordaje para entrar en una problemática cuya complejidad es mayor que la planteada por la inexistencia de fuentes y que el minucioso acopio empírico-cuantitativo de Bonavena no podría ocultar.

No obstante este esfuerzo recopilador, si nuestros recuerdos no nos traicionan, aquella “edad de las refriegas” –a la que alude Nicolás Casullo²– también lo fue de ideas, de teorías, de pensamientos y, en este sentido, dichas refriegas no fueron sólo contra la dictadura, contra el Estado y las clases dominantes, sino que este combate callejero, a la vez, significó “batalla de ideas”³ dentro del campo de las organizaciones y de la cultura política de la izquierda y de la nueva izquierda. Reconstruir todo ese repertorio (recuperar los gestos de antaño, el énfasis de las voces, el cariz de los razonamientos, las palabras clave con las que se solía subrayar las frases, las cosas sutiles a las

¹ Almaraz, R, Corchon, M. y Zemborain, R. (2001), *Aquí FUBA ! Las luchas estudiantiles en tiempos de perón (1943-55)*, Planeta, Bs.As., p. 9.

² Casullo, Nicolás (1998), *París 68. Las escrituras, el recuerdo y el olvido*, Cuadernos Argentinos, Manantial, Bs.As.

³ La expresión corresponde al título del libro de Sarlo, Beatriz (2001), *La batalla de las ideas, 1943-73*, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Ariel, Bs.As.

que se prestaba atención –para seguir con palabras de Casullo– además de las peleas por las palabras, por las definiciones y por los caminos a seguir, caminos que tenían que ver con ideales en pugna y con las formas de alcanzarlos), no es tarea fácil pero, sin duda, necesaria, para poder comprender aquello que estuvo en juego incluso cuando, en 1973, como lo atisba el mismo Bonavena, la lucha callejera dejó de estar en el centro, en momentos en que la misma Universidad se convirtió en el objeto de la disputa.

Quiénes éramos, de dónde veníamos, hacia dónde y con quién/ con quiénes íbamos, eran tópicos de esta época, difíciles de separar de lo movedizos que éramos los estudiantes. Por eso, este artículo me motivó a releer algunos ensayos que, recordaba, se habían planteado encontrar cierto significado en tanto movimiento como, asimismo, un papel para los estudiantes movilizados como actores sociales y políticos.

Perry Anderson, en 1967, comenzaba su ensayo sobre *La cultura represiva*, lamentándose acerca de que Gran Bretaña fuese el único país industrializado que no contaba con “un movimiento estudiantil militante coherente”, hecho que no adjudicaba a su origen de clase, sino sobre todo a “su formación cultural”, la “reaccionaria y desorientadora o engañosa cultura que es inculcada en las universidades y que constituía uno de los fines fundamentales de la educación superior británica”. Si había que buscar una diferencia entre los movedizos estudiantes italianos, franceses, alemanes y los ingleses, para Perry Anderson esta diferencia no debía buscarse en la zona social en que eran reclutados, sino en la herencia intelectual que estaban recibiendo. ¡¡Notable fuente de explicación para un analista marxista!!... La hipótesis de Anderson no se limitaba a encontrar la explicación de una ausencia en la tradicionalista y acrítica educación superior británica, sino que iba más allá de los recintos universitarios para atacar a la cultura británica, *tout court*, incluyendo en ésta a la izquierda política en donde, “desgraciadamente”, los estudiantes tampoco podían encontrar apoyo alguno.

Una cultura “mediocre e inerte”, hecha de acuerdo a la propia imagen de la sociedad inglesa –la más conservadora de las principales sociedades europeas, según Anderson–, construida, en su mayor parte, contra la izquierda, una izquierda británica que no había logrado poner en duda todavía esa herencia “nacional” que la mantenía sujeta (Anderson siempre nos seduce con los paralelismos que sus reflexiones suscitan para pensar nuestra propia historia de la izquierda). Siguiendo a Lenin (“sin teoría revolucionaria no habrá movimiento revolucionario”) e, inmediatamente después, a Gramsci (“sin cultura revolucionaria no habrá teoría revolucionaria”), pre-

tende abrir un debate crítico que inicie el nacimiento de “una matriz intelectual que desafíe a la ideología burguesa en todos los sectores de pensamiento y que represente una alternativa decisiva y hegemónica frente al *statu quo* cultural”. El avance del movimiento estudiantil y el avance intelectual de la izquierda quedaban en esta obra, entonces, hermanados y supeditados a una condición previa insalvable: la discusión acerca de la ausencia de una tradición revolucionaria en la cultura inglesa.

Sin seguir con el desarrollo de este estimulante ensayo, me interesa rescatar, para estas notas, una característica notable: Anderson destaca que Gran Bretaña es la única de las grandes potencias que nunca creó una sociología clásica, subrayando la inexistencia de cátedras de sociología en las principales universidades inglesas. Efectivamente, ni Cambridge ni Oxford, las dos universidades más prestigiosas del Reino Unido, albergaban esta disciplina, constituyéndose en “algo único en el mundo universitario internacional”. Esto y otras cosas le permitían afirmar que la cultura británica estaba “organizada en torno de un centro ausente, la teoría totalizadora sobre sí misma, que podría haber ocupado tanto el marxismo como la sociología clásica”. Ligaba, de esta forma indirecta, una cultura universitaria británica impermeable a la sociología, con el retraso, entre otras cosas, de la aparición de un movimiento rebelde entre los estudiantes en Gran Bretaña.

Cuando reseñaba los temas que guiaban, naturalmente, la marcha de una revuelta en masa de los estudiantes: la lucha contra el autoritarismo en las universidades, la alianza con la clase obrera y la lucha contra el imperalismo, y subrayaba la necesidad de vincular los objetivos primordiales de cualquier movimiento de ese tipo con la aparición de una cultura revolucionaria, Anderson era escéptico respecto de que ésta se desplegara, en Gran Bretaña, de la noche a la mañana. No obstante, creía posible y necesaria la existencia de una práctica revolucionaria en el seno de la cultura. Y concluía su ensayo diciendo: “La lucha de los estudiantes es su forma inicial”.⁴

¿Podrá verificar la investigación historiográfica esta relación entre la movilización estudiantil y su papel en la transformación social, la emergencia de una cultura revolucionaria y la renovación de la izquierda política?

Beatriz Sarlo, en su panorama de treinta años sobre los universitarios en *La batalla de las ideas*⁵, nos habla de un movimiento estudiantil que por lo menos hasta fines de los años sesenta, participó, como actor institucional,

⁴ Anderson, Perry (1977), *La cultura represiva. Elementos de la cultura nacional británica*, Barcelona, Anagrama, pp. 123 – 125

⁵ Sarlo, Beatriz (2001), *Op.Cit.*, pp. 63- 79

en la discusión de temas relevantes acerca de lo específicamente universitario –inspirado en las posturas reformistas y humanistas– hasta que su radicalización posterior, en la corta década de los setenta, hiciera pensar a los estudiantes que las verdaderas luchas pasaban por otros escenarios. Efectivamente, los temas que Perry Anderson señalaba como característicos de estos movimientos en Europa, también fueron recogidos por los estudiantes argentinos que pasaron de la lucha dentro de la universidad, en los consejos tripartitos, en los que existía representación estudiantil, a la lucha callejera, inevitable, desde que el gobierno de Onganía había puesto “la política en suspenso”⁶, incluso la institucional universitaria.

Sarlo se lamentaba allí de que, en este tránsito hacia la lucha de calles, el movimiento estudiantil –en proceso creciente de radicalización y politización y que había podido cumplir un papel en la modernización universitaria posterior a la caída del régimen peronista–, fuera sufriendo una transformación a través de la cual la preocupación por la función social de la universidad –una tradición del movimiento universitario reformista argentino– quedase de tal manera subordinada a los conflictos y tensiones de la sociedad que llevara al “fin de la cuestión universitaria”, minimizada tras una sorprendente convergencia discursiva anticapitalista, incluso de los sectores no marxistas. Como tantos otros actores que analiza, Sarlo nos muestra un movimiento estudiantil universitario en Argentina que sucumbió a la lógica de la politización y a la consiguiente pérdida de especificidad de su intervención, como los católicos, los artistas, los escritores, los académicos, los intelectuales que terminaron cediendo a la voracidad de la revolución que consagró la crisis de legitimidad de los discursos específicos y del discurso intelectual. El título de su libro tal vez aluda a un problema teórico: el carácter determinante de las ideas para el análisis histórico o, quizás, solamente a la importancia que las ideas tenían en esta época particular: se discutía con ideas sobre la sociedad, los valores, la lucha política misma era una batalla de ideas pero, que, lamentablemente, según Sarlo, se perdió en los laberintos de la revolución.

Las ideas tomaron la delantera y los actores quedaron homogeneizados en busca de una unidad que iba, irremediablemente, hacia el final trágico. Así, el movimiento estudiantil, que había recogido lo mejor de la tradición educativa argentina –gratuidad, laicismo, igualdad de oportunidades, autonomía, neutralidad filosófica y religiosa– “malversó” ese legado, llevando a la Universidad a un distanciamiento irreversible de su lógica institucional.

En esta visión parece estar muy presente el balance personal y la mirada autocrítica sobre el pasado, más que la reconstrucción propiamente dicha;

⁶ De Riz, Liliana (2000), *La política en suspenso 1966/1976*, Paidós, Bs. As.

parece predominar más la necesidad de pensar en actores que fracasaron en sus apuestas, que en reconstruir la efectiva dinámica de una sociedad desafiante que, en el vértigo de la aceleración de la dinámica política, no halló el camino.

No obstante, volvemos a encontrar algo de la relación que nos propone Anderson entre cultura y política, cuando aparece en escena el movimiento estudiantil.

Eric Hobsbawm analiza el momento en que nace una cultura juvenil global como resultado de la revolución cultural y social de los años dorados. Más allá de las características propias de esta cultura juvenil como su identificación generacional, populista e iconoclasta en la nueva ampliación de los límites del comportamiento públicamente aceptable, identifica a la juventud universitaria como caso particular del auge de las profesiones y de la explosión matricular y crecimiento de las universidades. En este sentido, en los años sesenta, los estudiantes se habían convertido, tanto a nivel político como social, en una fuerza mucho más importante que nunca, pues en 1968 las revueltas del radicalismo estudiantil hablaron más fuerte que las estadísticas, aunque a éstas ya no fuera posible ignorarlas. Y constata que en Europa al menos, entre 1960 y 1980 lo típico fue que el número de estudiantes se triplicase o cuadruplicase, quintuplicase en Alemania, septuplicase en España en lo que calificó como "fiebre universitaria".⁷ Millones de estudiantes y profesores que se desplazaban y comunicaban más allá de las fronteras nacionales, se convirtieron en un factor nuevo tanto en la cultura como en la política. Eran políticamente radicales y explosivos y demostraron una eficacia política como *detonadores* de grupos mucho mayores pero más difíciles de inflamar. Luego de oleadas de huelgas obreras sin precedentes lograron mejoras sin paralelo para los trabajadores en economías de pleno empleo, pero la revolución era lo último en lo que pensaban las masas proletarias. El simple estallido numérico de las cifras de estudiantes podría operar de explicación de la tensión entre estas nuevas masas, mayoritariamente de primera generación, que, de repente, invadían las universidades que no se

⁷ La expansión de la matrícula universitaria es un fenómeno permanente desde comienzos del siglo XX en Argentina; después de la notable expansión en la época de la Reforma (33% de crecimiento sólo en 1920), los períodos de mayor crecimiento fueron 1946-55 y 1969-73, llegando a crecer sólo en 1974 28% respecto de 1973. En el período que nos ocupa, la población estudiantil universitaria creció de 225.788 estudiantes (1966) a 507.716 (1975) y la cantidad de universidades creció de 26 a 49, entre 1964 y 1975 (18 oficiales y 5 privadas) Datos extraídos de Cano, Daniel (1985), *La Educación Superior en la Argentina*, Bs. As., FLACSO-CRESALC / UNESCO Grupo Editor Latinoamericano.

encontraban preparadas ni física, ni organizativa ni intelectualmente para recibir el aluvión.⁸

Para Hobsbawm, la explosión del descontento estudiantil se produjo en el momento culminante de la gran expansión mundial porque estaba dirigido, aunque fuese vaga y ciegamente, contra lo que los estudiantes veían como característico de esa sociedad, no contra el hecho de que la sociedad anterior no hubiera mejorado lo bastante las cosas. Paradójicamente, el hecho de que el empuje del nuevo radicalismo procediese de grupos no afectados por el descontento económico estimuló, incluso, a los grupos acostumbrados a movilizarse por motivos económicos a descubrir que, al fin y al cabo, podían pedir a la sociedad mucho más de lo que habían imaginado. El efecto más inmediato de la rebelión estudiantil europea fue una oleada de huelgas de obreros en demanda de salarios más altos y de mejores condiciones laborales.⁹

La visión estructural de Hobsbawm sugiere la certeza de que, en el marco de la situación de sectores medios en pleno ascenso social, el movimiento estudiantil pudo ser el agente *catalizador* de una protesta que, en mayo de 1968, en Francia, amenazó al *establishment* con la revolución y atrajo a los sectores obreros, técnicos y profesionales de las nuevas industrias del complejo de la automoción, la electrónica, los productos químicos. “Y fueron los estudiantes quienes iniciaron, inspiraron y en los momentos cruciales representaron de hecho el citado movimiento.”¹⁰

Nuevamente, encontramos un interesante papel para la movilización estudiantil como *detonante* de demandas provenientes de distintos sectores sociales. Buscar los lazos que efectivamente se produjeron entre movimiento estudiantil y movimiento obrero podría resultar atractivo en Argentina, teniendo en cuenta, sobre todo, lo difícil que le resultó a los estudiantes man-

⁸ Juan Carlos Portantiero (1978), si bien estudia otro período, en el prólogo de su libro, al referirse al movimiento estudiantil de los años sesenta en Argentina, consigna, justamente, esta dificultad de la Universidad argentina por seguir expresando el viejo anhelo de ascenso social de las capas medias debido al creciente desajuste entre masificación de la enseñanza superior y oportunidades laborales posteriores de los egresados en el mercado de trabajo. Este problema estructural, por otra parte, sería responsable de la crisis de la ideología reformista que, de este modo, dejaría de representar a los “nuevos estudiantes”. Así, puede afirmar que “mientras que en la reforma universitaria el problema estaba planteado en torno a las oportunidades de participación, ahora el problema se origina en la crisis de función por la que atraviesa la universidad”. *Estudiantes y políticas en América Latina, 1918-1938. El proceso de la reforma universitaria, Siglo XXI*, Bs.As., p. 16.

⁹ Hobsbawm, Eric (1995), *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Crítica, Barcelona, p.304 y “Mayo de 1968” (1969) En Eric Hobsbawm (1999), *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Crítica, Barcelona.

¹⁰ Hobsbawm, Eric (1999) , *Op. Cit.*, p.182.

tener una convergencia con aquél, un verdadero drama para el movimiento estudiantil signado, tal vez, por el hecho de que “la parte obrera nunca terminó de ubicarse en los términos imaginados por el movimiento estudiantil”.¹¹

Alain Touraine, veinte años después de la eclosión estudiantil francesa posterior a 1968,¹² consideraba que el movimiento estudiantil había significado la aparición de una nueva clase de reivindicaciones y de sensibilidad en la escena política: “Para retomar una comparación iluminadora que utilicé en mi libro¹³ (dice Touraine a Geneviève Dreyfus), así como 1848, es el socialismo utópico, 1968 significó el comunismo utópico”... Para Touraine, así como 1848 había marcado la entrada de la economía en la escena política, 1968 marcó la de la cultura y la personalidad. “La escena política y social es ocupada por nuevos actores y los conflictos no están en el orden del trabajo, sino en el de la cultura. Lo que dio lugar, después de 1968, a cosas muchas veces confusas, porque los nuevos movimientos sociales que se constituyeron tenían ese contenido pero empleaban también el lenguaje del radicalismo político de antes; contradicción presente en el feminismo, en las reivindicaciones nacionalistas y en la de los inmigrantes, en todo lo que ha agitado a la sociedad francesa”. Touraine constata la presencia de nuevos actores (entre ellos, los estudiantes), de nuevas reivindicaciones y de un lenguaje viejo, mostrando la existencia de ese “desfasaje que, según él, hace a la complejidad de los hechos históricos” y que lo conduce a subrayar “el doble aspecto arcaico e innovador del movimiento” inclinándose, no obstante, por el nacimiento de una nueva generación de reivindicaciones y de movilización social como lo más importante de los fenómenos en juego, en esta circunstancia de movilización. Y remata: “Yo daría, hoy, menos importancia al hecho universitario en mayo de 1968 y más importancia a la mutación socio cultural” Un papel para los estudiantes, sin duda, esta vez como portadores de las demandas de los nuevos tiempos, como inauguradores de una nueva sensibilidad.

¹¹ Toer, Mario (1988), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, CEAL, Bs. As., Tomo I.-

¹² Touraine, Alain (1988), “L’ apparition d’ une nouvelle sensibilité sur la scène politique. Entretien avec Alain Touraine”, entrevista realizada por Geneviève Dreyfus-Armand en *Revista Matériaux pour l’histoire de notre temps*, Paris, Bibliothèque de Documentation Internationale contemporaine, Nanterre, janvier-septembre, pp. 82-86.- Traducción mía de las citas del autor.

¹³ El libro al que Touraine se refiere (*Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, Le Seuil, Paris, 1969) es el que menciona Eric Hobsbawm, en “Mayo de 1968” (*Op. Cit.*), como “el más esclarecedor de los libros que se publicaron inmediatamente después de los hechos de mayo”.

Touraine compara la sociedad francesa veinte años después con la de 1968 para reforzar el carácter utópico que le asignó al movimiento, en el momento mismo en que se producía: “es un movimiento que se produce en una sociedad en plena forma, en la cima de su éxito, una sociedad de una solidez extraordinaria, mientras que hoy estamos en una sociedad frágil, amenazada, con una importante desocupación. Es, entonces, un movimiento utópico porque puede pensar en el futuro”.¹⁴ Eran los hijos de la generación que había conocido la guerra, la catástrofe, la persecución –la cantidad de militantes de origen judío era importante en los grupos trotskistas y maoístas– eran los hijos de los que habían sido artesanos de la reconstrucción del país después de la guerra y adoptaban, naturalmente, una actitud crítica. “A la vez que era crítica, esta generación ‘la del mayo francés’ se presentaba en sociedad por los estudios, por la participación en la vida política. Pero también hay que decir que eran jóvenes que llegaban al consumo y, es, justamente, por esto que introducían temas nuevos como el mismo consumo, la cultura, el sexo”. Sabemos que el sociólogo Alain Touraine había sido profesor, en Nanterre, del mismo Daniel Cohn Bendit y que, aun no estando de acuerdo con el movimiento en su conjunto, participó en las barricadas debido a que tuvo la “lucidez y el sentido histórico”¹⁵ para entender, en el momento mismo de las grandes movilizaciones estudiantiles de 1968, para percibir la novedad que dejarían los hechos cuando terminara el estallido.

Al final del recorrido, se impone alguna manera de recoger las impresiones vertidas. Así, el minucioso acopio de las proyecciones cuantitativas de Bonavena; las prevenciones empiristas de Félix Luna; la preocupación estructural de Anderson acerca de la cultura; la pérdida de identidad de la cultura arrasada por la dinámica política, de Sarlo; las referencias clasistas de Hobsbawm, Portantiero y Toer; los reflejos culturales de la práctica social del movimiento estudiantil que destaca Touraine; y la sensibilidad para percibir la mutación de la propia identidad que no es la misma de antes –no podría serlo– de Casullo, nos proporcionan inspiraciones, marcos de pensamiento y proyecciones de significados para reconstruir una historia –la del movimiento estudiantil en Argentina– que todavía no tenemos.

¹⁴ Para E. Hobsbawm, la noción de “utopía”, utilizada por Touraine, alude a una “impotencia práctica” del movimiento estudiantil: “El nuevo movimiento no es importante por la lucha que actualmente lleva a cabo siguiendo viejos criterios políticos, sino por lo que revela sobre el futuro: por su visión más que por sus logros, que por fuerza son insignificantes (...) el nuevo movimiento produjo una crisis revolucionaria auténtica, aunque sin probabilidades de lograr la revolución...” Hobsbawm (1999), p.191.

¹⁵ Calificativos de Hobsbawm (1999) para Touraine, p. 190.

Si bien es cierto que un propósito de la reconstrucción de la historia del movimiento estudiantil podría ser, legítimamente, el de sacar lecciones para continuar las luchas que nos propone el presente, me parece interesante, después de este breve rastreo de opiniones, ver al movimiento estudiantil como el ámbito de convergencia de una fuerza social de trabajo intelectual en formación que irá a constituir las elites profesionales, culturales y políticas de los años siguientes. Así, las ideas de los estudiantes y sus prácticas no serían tan volátiles y efímeras, limitadas a las épocas turbulentas, y nos llevarían a buscar la inserción de los estudiantes en la vida posterior a ser estudiantes¹⁶ y, sobre todo, a relevar qué pasó con sus ideas, con sus teorías, con su sensibilidad para enfrentar la injusticia y solidarizarse con los sectores obreros, con su formación universitaria y extrauniversitaria de esos años de “combates”.

En el momento actual, por ejemplo, el discurso del presidente Néstor Kirchner busca, muchas veces, definir su propia identidad política en relación con su experiencia política de juventud, en los años previos a la instalación de la última dictadura militar y, más particularmente, con su propia experiencia en el movimiento estudiantil platense, como estudiante de la Facultad de Derecho. Así, se lo ha escuchado reivindicar su militancia revolucionaria –y la de su esposa– en el movimiento estudiantil peronista de esos años de los que se habla en esta revista. Si bien no es una novedad para la política argentina que los cuadros políticos del país hayan salido de las aulas de las universidades nacionales –aunque en la década pasada parecía una tradición olvidada, por el influjo de las universidades privadas nacionales e internacionales en la formación de los cuadros políticos del menemismo– sí lo es la reivindicación de la tradición revolucionaria del movimiento estudiantil peronista por parte de un Presidente de la Nación. Aunque el recuerdo que nos trae de esos años de su vida represente “una visión estilizada de los años ‘70”¹⁷, en la que la memoria y el olvido purgan a esa “identidad” de aquellas aristas y personalidades más irritantes o bien difíciles de explicar o, simplemente porque, se sabe, no forman parte del consenso que se busca consolidar.

No cabe duda de que una reconstrucción de la historia del movimiento estudiantil de esta época no puede dejar afuera hechos, circunstancias, ideas, prácticas y caminos que trascendieron las demandas antidictatoriales por

¹⁶ Este tema, en particular, ha interesado mucho a los franceses con relación a las trayectorias de los militantes “soixante-huitards”. Ver, por ejemplo, Hamon, Hervé y Rotman, Patrick (1987) *Génération. Les années de revé*. Paris, Editions du Seuil.

¹⁷ Altamirano, Carlos (2004), “Kirchner trae una visión estilizada de los años ‘70”, Bs. As, Página 12, 17-02.04.

una Universidad diferente, en un momento en que ésta fue invadida por la sociedad y sus actores políticos y, por lo tanto, también allí prevalecieron y proliferaron, como en el conjunto de la sociedad, las organizaciones peronistas y las organizaciones armadas, con las dramáticas consecuencias por todos conocidas.

Finalmente, si como dice Michel de Certeau, refiriéndose a la Francia de 1968: "En mayo último se tomó la palabra, como se tomó la Bastilla en 1789"¹⁸, será preciso, entonces, reconstruir la historia de esa palabra... de todas las palabras.

¹⁸ Michel de Certeau. (1995), *La Toma de la Palabra y Otros Escritos Políticos*. Universidad Iberoamericana, México, p. 39.